

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO:

ADAMOVSKY, EZEQUIEL (2012), *HISTORIA DE LAS CLASES POPULARES EN LA ARGENTINA DESDE 1880 A 2003*, SUDAMERICANA, BUENOS AIRES

Hernán Eduardo Confino*

Muchas historias se han escrito sobre la Argentina moderna. Desde diversas perspectivas, y con diferentes herramientas, la ciencia histórica se ha preocupado en la reconstrucción de nuestro pasado. El paradigma más escogido para tal fin ha sido el de la historia política, detrás del acontecimiento y centrada en los cambios institucionales que tuvieron lugar en la sociedad política y, particularmente, dentro de las clases dominantes. Adamovsky rompe con esta tradición y construye una historia de los sectores populares en la Argentina –desde la formación del Estado nacional hasta el 2003– que no queda encerrada en la Academia e interpela a un público más amplio. Para ello, y valiéndose de las herramientas brindadas por la historia social y cultural –aunque sin prescindir totalmente de la historia política–, adopta un registro de divulgación que permite el fácil acceso del lector no especializado a las problemáticas abordadas. Así, pone a disposición una correcta síntesis actualizada de la historiografía sobre el mundo del trabajo y las clases populares en general, “desde la vida cotidiana, la cultura y el trabajo, hasta las identidades, las formas de organización gremial y de acción política” (Adamovsky, 2012, p. 11).

El libro se encuentra organizado en tres apartados, a los cuales se suman la introducción y la conclusión. La primera parte abarca desde los albores del Estado nacional –en 1880– hasta la irrupción del peronismo –en 1945. La segunda, comprende hasta 1973, quedando en la tercera sección los años que transcurren entre el gobierno de Cámpora y 2003. A su vez, la obra está organizada en capítulos que se encuentran subdivididos en pequeñas secciones, lo cual ameniza la experiencia de la lectura. No cuenta con notas al pie ni con citas textuales, pero posee un apartado bibliográfico que divide por núcleos temáticos los distintos aportes en los cuales se basó el autor para su trabajo.

En la introducción, Adamovsky circunscribe el objeto de estudio, y decide hacerlo mediante la explicación del título. Su definición de *clases populares* desborda el concepto cristalizado por el marxismo tradicional –devenido vulgar en posteriores apropiaciones– y profundiza su mirada en la vida de los sujetos que agrupa en dicho colectivo. Si bien parte del supuesto de que “las clases populares comparten una situación común de subalternidad respecto de las élites que han tenido y tienen el poder social, económico y político” (Adamovsky, 2012, p. 11), explota la heterogeneidad al interior de dicho grupo –de ahí que sean clases y no clase– en las distintas situaciones históricas particulares. Realza la importancia de la dinámica histórica en su análisis, ya que la definición del mundo popular se encuentra sujeta al entramado histórico de la coyuntura. Si bien

* ©Doctor en Historia, Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad de San Martín.
Correo electrónico: hernan_confino@hotmail.com

el eje sigue siendo la clase “para no perder de vista esta relación fundamental que los define” (Adamovsky, 2012, p. 13), esto es, la ubicación con respecto a la propiedad de los medios de producción, queda de manifiesto que dicho concepto ya no es suficiente para el abordaje del fenómeno. Adamovsky se guía por la definición de clase en términos relacionales: hay clases populares, porque hay clases dominantes. Resuenan los ecos *thompsonianos*: la clase se configura en la propia dinámica del proceso histórico, y no de manera absoluta y aislada.

Dos cuestiones más, de orden metodológico. Primeramente, el autor elabora una tipología compuesta por diversos factores que le permiten identificar si un sujeto obra en el mundo de la élite o se desenvuelve en el mundo popular. Entre las características en las que se apoya la clasificación se encuentran el tipo de trabajo -manual o intelectual-, la riqueza, el nivel educativo, el color y la capacidad de influir en las decisiones del Estado.

La segunda aclaración comporta la dificultad en la consecución de fuentes elaboradas dentro del mundo popular: “Con un acceso limitado a la cultura letrada y a los medios de difusión, la vida popular no siempre ha dejado testimonios propios” (Adamovsky, 2012, p. 18). Así, el historiador debe reconstruir esta historia fragmentada en la que la élite -que detenta los canales masivos de la transmisión cultural- ha proyectado sobre las clases subalternas su propia estrategia de dominación. Políticamente, entonces, Adamovsky se propone visibilizar el accionar de los grupos subalternos y dimensionar su importancia en la formación y el devenir de Argentina.

La primera parte del libro (1880-1945) aborda la conformación del Estado en el marco de su incorporación a la división internacional del trabajo. Destruyendo el **mito de la modernización**, Adamovsky pone en cuestión la ideología de la élite y sus consecuencias sobre los más desposeídos. Al mismo tiempo, se encarga de presentar los distintos grupos que conformaron las clases populares en esta etapa; desde peones, cañeros y chacareros en el ámbito rural, a los trabajadores artesanales o industriales que en las primeras décadas del siglo XX poblarían el ámbito urbano. En este mundo subalterno en transformación, Adamovsky no elude la investigación sobre las minorías étnicas -pueblos indígenas- o incluso, sobre la situación de las mujeres.

El proceso de proletarianización que signó la incorporación de la Argentina bajo las banderas del modelo agroexportador ocasionó la pérdida de autonomía de las clases populares, restringiendo las “formas plebeyas de la política” (Adamovsky, 2012, p. 45). En este punto, el historiador intenta pensar las respuestas culturales gestionadas desde el mundo popular, frente a las llevadas adelante por los sectores dominantes. El surgimiento del movimiento obrero, una de las consecuencias no deseadas de la modernización, permite el estudio de las solidaridades entre los integrantes de las clases populares, a partir de su experiencia asociativa.

Con el surgimiento del mercado -y la cultura- de masas, Adamovsky escarba en el terreno pantanoso que supone analizar los intercambios culturales entre las élites y los grupos subalternos. Siempre hegemonizados por los primeros, cuesta encontrar a lo largo del libro una contracultura impulsada desde los sectores populares. Antes bien -y en contra

de los medios de comunicación masivos y la industria del entretenimiento-, las estrategias de las clases populares se materializan como respuestas defensivas a los ataques de la élite en la imposición de su dominación. Los aparatos ideológicos del Estado y la industria cultural, en suma, se configuran como adalides en la lucha de las élites para imponer sus patrones culturales.

Recién con el advenimiento del peronismo la **cultura plebeya**, marginada desde la conformación estatal, encontraría su revancha en los canales públicos de expresión. El 17 de octubre de 1945 se advierte como la irrupción de los marginados en el centro de la arena política. Mientras el sindicalismo clasista se encontraba en franco declive por la imposibilidad de representar las aspiraciones e ideales de la gran mayoría de los sectores populares, aumentaba en forma notoria la gravitación del movimiento obrero organizado en estrecha alianza con Perón.

De ahí que el peronismo, a la vez que había instalado un discurso sobre **lo nacional**, supo visibilizar a los **cabecitas negras** que habían migrado a las ciudades como mano de obra en las industrias que proliferaron entre la tercera y cuarta década del siglo XX. Adamovsky destaca que “el nuevo movimiento le imprimió a la idea de ciudadanía un particular contenido de clase” (Adamovsky, 2012, p. 206) dividiendo a la sociedad prácticamente en dos. No en izquierda y derecha como la tradición política europea había enseñado, sino, entre quienes “estaban del lado del pueblo” (Adamovsky, 2012, p. 209) y quienes le daban la espalda.

El golpe de Estado de 1955 depositó a la élite tradicional nuevamente en el poder, y desencadenó una revancha de clase cuyo principal objetivo fue acabar con las reivindicaciones que había conseguido el movimiento obrero -y los demás sectores populares- durante la década peronista. Es el momento, también, de la llamada Resistencia Peronista. Desde las fábricas -y a través de las herramientas gremiales y políticas- los trabajadores intentaron resistir la embestida. Adamovsky caracteriza esta época a partir de la gran solidaridad entre los trabajadores y de la experiencia organizativa acumulada por el sindicalismo de base. Pero también refiere al antagonismo que se había generado en el movimiento obrero: socialistas, radicales e independientes alineados con la dictadura por el fuerte rechazo al peronismo de un lado, peronistas por el otro.

El giro a la izquierda operado en la sociedad argentina luego del fracaso del desarrollismo, se configura en el eje a partir del cual el autor piensa la década del sesenta y primera mitad de los setentas. El surgimiento de la izquierda peronista y los grupos armados había traído aparejado un fenómeno novedoso, y que puede ser entendido a escala global: la aparición de la juventud como actor protagónico. El Cordobazo -punto cúlmine de la alianza entre los sectores trabajadores y estudiantiles- se configuró en “una bisagra entre el período de la Resistencia y los tiempos del auge de la lucha armada (...)” (Adamovsky, 2012, p. 274).

El final del segundo apartado se refiere al llamado “momento Cámpora” (Adamovsky, 2012, p. 279), que cristalizó la radicalización política de amplios sectores de las clases populares, y abrió una nueva etapa en la dinámica política argentina: con la vuelta de

Perón, se acababa la proscripción que había pesado -con alguna intermitencia- sobre el Partido Justicialista desde 1955. Restaba observar si las clases populares -de gran poder destituyente como el manifestado durante el Cordobazo- podían constituirse en un sujeto político unificado.

El último apartado de la obra no se inicia en 1976 con la última dictadura, como suele suceder en las cronologías clásicas, sino en 1973, con el final de la **primavera camporista**. Esta elección no es casual, puesto que el autor desea remarcar la continuidad de las políticas represivas estatales (y paraestatales) contra las clases populares en los años previos al golpe. Así es que el giro represivo es conceptualizado desde el retorno de Perón -y no desde el gobierno **de facto**-, aunque se cristaliza de manera más agresiva luego de su muerte.

Con el advenimiento de la última dictadura militar -**El Proceso**, en el libro- la presencia plebeya sufrió una invisibilización de la escena pública. El historiador analiza la composición social de los desaparecidos, poniendo de relieve la importancia que revisten la conflictividad obrera y la juventud como blancos del terrorismo estatal.

La “democracia de la derrota” (Adamovsky, 2012, p. 339) es el concepto elegido por Adamovsky para analizar el gobierno democrático de Alfonsín. Caracterizado a partir de la vacilación, sostiene que genera una redefinición identitaria: “El nuevo ideal de ‘civismo democrático’ se encarnaba implícitamente en la ‘clase media’” (Adamovsky, 2012, p. 342) debilitando completamente la identidad trabajadora, derrotada política, económica y culturalmente por la última dictadura.

La década menemista marca el triunfo completo del neoliberalismo y la gran derrota de las clases populares. Un creciente individualismo había atacado las anteriores lealtades, y Adamovsky analiza las respuestas culturales que esbozaron los sectores populares. La privatización del Estado y el “sálvese quien pueda” generaron una profunda descolectivización de la vida popular. “Las identidades populares se volvieron así menos generales y homogeneizantes y más fragmentadas, particulares y efímeras” (Adamovsky, 2012, p. 382): el fútbol, el rock barrial, la cumbia, el cuarteto, nuevas formas de religiosidad y nuevas identidades emergentes parecieron aglutinar lealtades y dotar de sentido un cosmos que estaba seriamente amenazado por el triunfo del mercado y la anomia generalizada.

Por último, el autor recorre las alternativas políticas que intentaron resistir la fragmentación. En este sentido, destaca con minucia la formación del movimiento piquetero, la creación de la CTA ante la complicidad de la CGT con las políticas menemistas, y la conformación de numerosas organizaciones campesinas. El movimiento feminista y el ecologista también son contemplados como las nuevas identidades que agrupan a las clases populares previamente al 2001. Adamovsky observa el estallido de dicho año como una participación conjunta de sectores medios y clases populares. Sin embargo, destaca que el gran poder destituyente de dicho movimiento resultó incapaz en la generación de un orden nuevo. En fin, no se constituye como sujeto político unificado.

En la conclusión que finaliza el trabajo, Adamovsky refuerza determinadas nociones que han sido desarrolladas en el cuerpo del texto. En primer lugar, las dos estrategias que

compitieron en los primeros cuarenta años de organización estatal con respecto a las clases populares; por un lado, la integración que pretendía desactivar los componentes clasistas y revolucionarios y, por el otro, la tendencia antagonista que “convocaba al orgullo plebeyo y se concebía opuesta y enfrentada a las clases dominantes” (Adamovsky, 2012, p. 445). Si el peronismo marcó el triunfo de la perspectiva integracionista, también desarrolló un discurso antagonista, basado en los que querían al país y los anti-patrias. Pero dicho movimiento también supo despertar un orgullo plebeyo, opuesto a los intereses de las élites tradicionales. Fue este orgullo, sumado a la proscripción del peronismo, lo que permitió a la clase trabajadora organizada ser la vanguardia de la lucha de las clases populares frente al avance de las clases dominantes.

Desde el retorno de Perón -pero mucho más pronunciadamente desde su muerte- la ofensiva sobre las clases populares desarticuló las identidades previas y contribuyó a fragmentarlas. El terrorismo estatal tuvo un peso decisivo en la cultura, política y economía de los sectores populares, profundamente reprimidos dentro de un sistema económico muy desigual. Con el retorno de la democracia, Adamovsky vuelve sobre las posibilidades de organización de las clases populares, destacando las nuevas identidades anteriormente referidas.

La obra de Adamovsky intenta desbordar las estructuras económicas con el firme convencimiento de que la historia de los sectores populares también responde a las alternativas de luchas políticas que se fueron configurando a lo largo de nuestra historia. De esta manera, construye una síntesis muy acabada que pretende eludir la fragmentación y presentar la complejidad del todo social con las motivaciones políticas, culturales y económicas que la rigen. Sin dudas, configura un paso adelante en la tarea de la reconstrucción histórica de nuestro pasado.